LA FAMILIA SAGRADA

160.

(Cuadro de Murillo.)

160

ERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA
CABALLERO DE GRACIA, 60—MADRID

Iglesia Evangélica - Valladolid - Santa Cruz de Mudela
DE

Nació nuestro Salvador
Por nos librar de cautivos,
De muertos nos torna vivos,
Y cura nuestro dolor.
Él fué solo el Mediador
Entre nosotros y Dios.
Hizo justo al pecador,
Buscónos con mucho amor,
Y no buscándole nos.

Buscónos sin le buscar,
Por hacer que le busquemos;
Pues tal Buscador tenemos,
No lo debemos errar.
No debemos olvidar
A quien nunca nos olvida;
Debémosle contemplar,
Y contemplando adorar,
Que Él es vida y da la vida.

Siglo XV — *Juan de la Encina.*

LA FAMILIA SAGRADA

ESFUERZO CRISTIANO POR CRISTO Y LA IGLESIA
SANTA CRUZ DE MUDELA

Este libro es propiedad
de la: B. P. El bibliotecario
D. Laguna

MADRID
LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA
Caballero de Gracia, 60
1931

Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudela
DE

LA FAMILIA SAGRADA

I

LA FAMILIA DE JOSÉ

Todos hemos visto muchas veces, y con grandísimo gusto, los cuadros de los pintores más célebres que tratan de este asunto. La virgen María tiene a su divino niño en los brazos o sobre su seno, mirándolo con ternura infinita, mientras el niño Jesús se sonríe con angelical dulzura, y el viejo José, a veces sostenido por su cayado, se goza en la contemplación de la madre y del niño. Innumerables son las actitudes y posturas con que los grandes maestros han variado este tema verdaderamente celeste. Algunas veces el niño está jugando en el suelo o dando con sus piececitos vacilantes los primeros pasos, sostenido por su madre; otras veces está sobre las rodillas de ésta, sonriendo a la cara benévola de José; algunas otras está durmiendo, y padre y madre, en compañía de los ángeles, se regocijan en su dulce

sueño. Otras veces varía el cuadro, exhibiendo ya los pastores de Betlehem, que vienen a ofrecer sus dones sencillos, algunas tórtolas o blancos corderitos, junto con una cesta llena de los frutos del campo; ya los magos del Oriente, arrodillados ante él, acompañados de su séquito (entre el cual no debe faltar el negro o etiope), que abren sus ricos tesoros y dan en homenaje del bendito niño su oro, mirra e incienso. En otros cuadros viene a aumentar el grupo del niño Jesús y de sus padres la infantil figura de Juan Bautista, tal vez en la suposición de que los dos, como niños, jugaban muchas veces juntos, y seguramente porque los artistas pensaban que el Mesías y su gran profeta debían estar juntos, para mostrar ya en los niños el contraste de la futura vocación. El tema, en verdad, es inagotable, y así será mientras dure el arte humano; porque, en efecto, si la candidez e inocencia alegre de todos los niños invita por sí misma a los artistas a que los muestren al mundo como asunto de grandísimo atractivo, la representación del Niño divino es uno de los objetos más bellos y sublimes que imaginarse puede. Y por muchos cuadros célebres que haya de este asunto, seguramente no quisiéramos que faltase ni uno de ellos.

Sin embargo, la tradición católica ha limitado la imaginación de los maestros pintores por una idea falsa y antibíblica. Ante mi espíritu se presenta una escena de la Sagrada Familia, que sería tan sublime, tan inagotable y aún más variada que todos los cuadros que conocemos.

Es una tarde de primavera. En el pueblo de Nazaret, reclinado en la falda de la verde montaña, se ve la sencilla cabaña del carpintero José; delante de ella está Jesús en pie o sentado sobre una piedra, de edad de unos catorce o quince años, que acaba de dejar a un lado los instrumentos del trabajo con que ha ayudado a su padre en la tarea diaria, y se junta con sus hermanos, ya para jugar con ellos, ya para contarles algo del último viaje que hizo con sus padres a Jerusalén, y del templo y de los magníficos cultos que allí se hacían al Dios de Israel. Sus hermanos, a quienes, como a todos los niños, gusta escuchar historias, se aprietan alrededor de él. Porque nadie, seguramente, sabe contar los hechos de la Sagrada Escritura, la linda historieta del pequeño Moisés en su cuna de juncos en el río Nilo, el paso del pueblo de Israel por el mar Bermejo, o la infancia del pequeño Samuel, tan bonitamente como su hermano Jesús. Delante de él, mirándole con inteligencia, está Jacobo, que va pronto a cumplir doce años, y que le ayuda ya a veces en algún pequeño trabajo en el taller de su padre; a su lado Joses, o José, de unos nueve años, que lleva el nombre de su padre; lo mismo que su hermanita, de siete años, que tiene una mano puesta sobre la rodilla de su hermano Jesús, como si temiese que se le escapara, lleva el nombre de la madre, María. Pero lo más gracioso son los dos gemenos, de cuatro años de edad, que se llaman Judas y Simón, o Simón y Judas, porque los padres mismos no saben a ciencia cierta cuál de los dos es el de más edad; están sentados a sus pies, y recogen con sus ojos cada palabra de la boca de su hermano, porque les está

precisamente describiendo cómo el pequeño José, hijo de Jacob, iba tras de las ovejas y contaba los bonitos corderitos, blancos y negros, antes de que sus hermanos lo amarraran, lo echaran en una cisterna y lo vendieran a los ismaelitas que pasaban. Jesús, el mayorcito de la casa, mientras los está mirando con dulce sonrisa, contándoles la historieta de la manera que él sólo sabe hacerlo, está acariciando a la pequeña Isabel, de año y medio de edad, que tiene sobre sus rodillas, sosteniéndola fuerte y suavemente, cuyos grandes ojos están fijos en su hermano querido, cuyas palabras no entiende, pero cuyas caricias aprecia. Y en el fondo se ven los padres, José y María, asomándose a la puerta del taller y contemplando este espectáculo delicioso; José está atrayendo suavemente a su mujer hacia sí, rodeando con el brazo su esbelto talle, como devolviéndole las caricias que acababa de hacerle cuando le limpió el sudor del trabajo de su frente, justa recompensa de un día de trabajo asíduo. Y mientras murmuran las aguas de la vecina fuente, los ángeles están cantando en el cielo, aunque esta vez los hombres de Nazaret no lo entendieron: "¡Gloria en las alturas a Dios y en la tierra paz a los hombres en que Dios tiene puesta su buena voluntad!"

¿No es esto una escena digna de un pincel divino?

—¡Pero esto es falso!—gritan los romanos—. Esto es pura fantasía—dirá tal vez un cristiano evangélico.

No amigos, y mil veces no; no es falso, ni tampoco es fantasía. Escenas como éstas han pasado,

no una, sino mil veces en la feliz aldea de Nazaret, que ha visto crecer dentro de su recinto al divino niño. Es la pura verdad, la verdad de la Biblia, y lo voy a probar punto por punto, con la sola excepción de los nombres de las hermanas de Jesús, a quienes por fuerza había de dar nombres, si quería nombrarlas, y les he dado los que más probables parecían, sin poder afirmar con toda seguridad que así se llamasen. Y, naturalmente, también respecto de la edad respectiva de los niños, que además varía según el punto del tiempo que se acepta en la vida de Jesús, es imposible fijarla con exactitud matemática; pues ni sabemos fijamente el día del nacimiento de Jesús, ni siquiera el año con toda exactitud. Pero con excepción de estos dos puntos, que no son de ninguna importancia, y que cada uno puede suplir según mejor le parezca, como tenemos que suplir necesariamente muchos datos que la Historia Sagrada no nos cuenta, todo el retrato es estrictamente histórico.

Con los hermanos católicos—a los que acontece lo que Jesús dice de los Saduceos, que no conocen las Escrituras—tendré luego algún rato de explicación; pero voy primeramente a probar los hechos citados para aquellos que conocen la Sagrada Escritura, y creen en ella más que en toda tradición que han añadido los hombres. Todos los evangelistas, Marcos y Lucas, lo mismo que los dos apóstoles Mateo y Juan, están conformes en que nuestro Señor Jesús tuvo hermanos. Un tercer apóstol, el apóstol Pablo, habla de lo mismo como de un hecho muy conocido. El apóstol Mateo y el evangelis-

ta Marcos nos citan además los nombres de los cuatro hermanos; Mateo (capítulo 13, 55 y 56) los llama Jacobo, Joses, Simón y Judas, mientras Marcos los llama Jacobo, Joses, Judas y Simón (Marcos 6, 3); así que están completamente conformes en los nombres, y sólo en el detalle del orden en que se nombran los dos últimos difieren entre sí, lo cual no es de importancia alguna, aun cuando no se quiera explicar esta variación de la manera que lo hemos hecho nosotros, suponiendo que los dos eran gemelos. Estos dos testigos fidedignos nombran asimismo "las hermanas" de Jesús, por lo cual debe haber habido, por lo menos, dos; y digo por lo menos, porque según la expresión de Mateo "sus hermanas todas", es más probable que fueran más de dos. De manera que vemos a Jesús rodeado en su juventud de unos hermanos (seis lo menos), que crecían con él, y que de seguro han recibido de él todos los cuidados que los hermanos mayores suelen dar a sus hermanitos pequeños; así que tenemos razón en presentarle, ya meciéndolos en la cuna o tomándolos en sus brazos, ya sentándolos sobre sus rodillas o guiando y protegiendo sus primeros pasos en la vida.

¿No es esto, en verdad, un hermoso cuadro que suple en algo el gran silencio que la Historia Sagrada guarda acerca de los años de la juventud de nuestro Salvador, y que nos es sugerido, sin embargo, por esta misma fuente de nuestra fe? Verdaderamente es una grandísima lástima que tan poco se haya pensado en esta ocupación de los juveniles años de Jesús. ¿Hay ejemplo más bello que presentar a nuestros hijos, para que practiquen el mutuo cariño y la paciencia de los mayores con los más pequeños, que la figura de Jesús, el hermano mayor entre sus hermanos?

¿De dónde viene entonces la casi completa ignorancia de estos hechos, aun entre los mismos cristianos evangélicos? No creemos equivocarnos al asegurar que esta ignorancia es un resabio de la falsa doctrina romana, que todavía no ha sido vencida por completo, habiéndose inoculado esta doctrina poco a poco, y durante siglos enteros en los sentimientos e ideas de los cristianos; de tal manera, que ha sido difícil desecharla de repente cuando vino la Reforma y empezó de nuevo el estudio de la Biblia. Y así se explica el que aún hoy día existe, a lo menos en parte, entre aquellos cristianos evangélicos que por sus formas se asemejan más a la iglesia romana, como, por ejemplo, aquella porción de la iglesia anglicana, que se llama ritualista, y celebra todavía, o más bien ha vuelto a celebrar de nuevo, las diferentes fiestas en honor de la virgen María, que ya desde mucho tiempo han sido desechadas por la Iglesia evangélica. Pero para penetrarnos bien del origen y de la tendencia de esta doctrina, es menester examinar el misterio más grande que ha conocido el mundo: el nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo.

II

LA DOCTRINA BÍBLICA DE LA ENCARNACIÓN

Quisiéramos que otro más experto, o digámoslo de una vez, uno más lleno de Espíritu Santo, nos quitase esta tarea difícil y delicada. Pero no podemos eludirla, primeramente porque sólo así se puede combatir la idolatría fatal de la virgen María, que ha tomado posesión completa de la iglesia romana, oponiéndole la doctrina única, verdadera, revelada por Dios mismo en su Santa Palabra.

En segundo lugar, en nuestro pueblo, por culpa de la iglesia romana, se tratan y nombran, hasta en el catecismo de los niños, no solamente este asunto de la encarnación divina, sino también aquellos que una idolatría diabólica y una fantasía perversa ha añadido; de tal manera, que, callándonos, creemos dejar las cosas en peor estado del en que deben estar en nuestra iglesia cristiana.

Y por último, los que decimos con el apóstol que los cristianos deben examinarlo todo y retener lo bueno; los que mantenemos que no se nos pide una creencia irracional, sino que nuestra razón debe ser empleada también en materias de la fe—si bien esta misma razón ha de comprender que en los asuntos divinos hay mucho que está sobre la razón, es sobenatural, pero jamás irracional—; los que, por último, confesamos en nuestro Credo, con toda la Iglesia cristiana del mundo, que creemos "en Jesucristo, nuestro Señor, que fué concebido por el Espíritu Santo y nació de María virgen", tenemos seguramente, no sólo el derecho, sino el sagrado deber de acercarnos a este santo misterio, en cuanto nos ha sido revelado por Dios, y tratar de entender con la ayuda del Espíritu Santo, en cuanto sea dable a los entendimientos humanos y por lo mismo limitados, algo del consejo maravilloso de Dios para nuestra salvación.

Tratemos en lo posible de servirnos hasta de las mismas expresiones bíblicas: La palabra *encarnación* seguramente es bíblica. El Verbo fué hecho carne; ésta es la sencilla significación de esta palabra, como el apóstol Juan la usa; el Verbo divino, que estaba en el principio con Dios y que él mismo era Dios; el Hijo del Padre, que, como él mismo dice, lió del Padre y vino al mundo. ¿Por qué vino al mundo? Su nombre lo significa. Vino al mundo para salvar a su pueblo de sus pecados, y por esto se llama Salvador, o Jesús, que significa lo mismo, y es el nombre que le fué puesto por mandato divino por boca del ángel Gabriel.

El mundo necesita salvación, porque está en pecado. Todos los hombres son pecadores, sujetos al pecado ya desde el principio de su vida. También en este asunto la doctrina bíblica es muy clara y terminante. Adán y Eva pecaron, y a toda su descendencia se comunicó el pecado, sin exceptuar a ninguno de ellos, en el mismo momento en que empieza su vida. Por lo mismo dice David en el sal-

mo 51: "He aquí en pecado he sido formado, y en pecado me concibió mi madre." La naturaleza depravada por el pecado no puede dar otros frutos que no sean depravados también. Si no se puede explicar esto de una manera matemática, no nos importa; porque nuestra misma vida es, no solamente en su origen, sino en todo su transcurso, un misterio perpetuo.

¿Quién da primeramente al músculo que llamamos corazón el primer movimiento que dura toda la vida incesantemente con una velocidad y constancia de la cual apenas puede darnos idea siquiera la máquina más complicada que la humana inteligencia ha inventado? ¿Quién explica el movimiento perpetuo de los pulmones, el que también ejercemos constantemente sin siquiera darnos cuenta de ello, en su primer origen o su curso constante? Lo que nos importa es, que si bien es misteriosa, como es misteriosa toda la vida humana, esta transmisión de la naturaleza pecadora de los primeros hombres a sus descendientes es un hecho, hecho incontrovertible, y probado igualmente por la experiencia humana de todos los pueblos como por la verdad revelada de Dios en su santo libro.

Ahora bien; de allí se desprende racionalmente, lógicamente, que si un hombre ha de venir al mundo exento completamente de pecado, es imposible que nazca en las mismas circunstancias en que nacen todos los demás hombres. Si el Salvador ha de estar limpio de toda mancha del pecado, su nacimiento ha de ser por lo mismo *sobrenatural.* Esto es muy lógico y no admite réplica.

No hace falta mostrar con muchas palabras que nuestro Salvador estaba exento completamente del pecado. Y si bien se puede probar de la misma manera lógica que un Salvador del pecado debía ser eximido él mismo del pecado, nos basta sencillamente con la demostración de la Palabra Divina que Cristo fué sin mancha de pecado. Se llama el segundo Adán; como tal sale de la mano de Dios, inocente, puro, sin mancilla. Él mismo dice de sí en presencia de todos sus enemigos: "¿Quién de vosotros me podrá redargüir de pecado?" Él reclama para sí lo que ningún hombre ha podido reclamar, la ausencia absoluta del pecado. Y por lo mismo dice la Epístola a los Hebreos (cap. 7, 26): "Porque tal Sumo Sacerdote nos convenía tener, santo, inocente, sin mancilla y separado de los pecadores, y más alto que el cielo."

Si, por lo tanto, Jesús vino al mundo sin pecado, un fenómeno excepcional en toda la historia de la humanidad, su origen por fuerza había de ser excepcional también, diferente del de todos los demás hombres.

Pero, entonces ¿por qué no vino directamente del cielo al mundo, como nueva creación de Dios, revestido de la gloria de un nuevo Adán? ¿Por qué había de entrar en el seno de la virgen María, nacer, crecer, desarrollarse, aprender, como todos los demás hombres? Contestamos otra vez con las palabras de la misma Biblia (Epístola a los Hebreos 2, 14. 15. 17. 18): "Según los niños participan de carne y sangre, de la misma manera Él también participó de las mismas cosas; (para que por la muerte aniquilase a

aquel que tenía el poder de la muerte, a saber, al diablo, y libertase a todos los que, por temor de la muerte, eran sujetos por toda su vida a esclavitud). Por lo mismo convenía que en todas las cosas fuese hecho semejante a sus hermanos, para que fuese misericordioso y fiel Sumo Sacerdote delante de Dios para expiar los pecados del pueblo; porque en lo que ha padecido él mismo, siendo tentado, es poderoso para ayudar a los que son tentados." Y en otro lugar (Hebreos 4, 15): "Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pudiese tener simpatía con nuestras flaquezas, sino que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, *mas sin pecado.*"

Vemos, por lo tanto, que Dios quiso que su Hijo entrase en la misma condición de todos los hombres, siempre exceptuando una cosa: el pecado, que era imposible que un Salvador de la humanidad lo tuviese. Además, la palabra de Dios nos dice la razón por qué convenía que el Salvador entrase en el mundo, no como un *nuevo* Adán, sino como el *segundo* Adán y tomase sobre sí carne y sangre lo mismo que todos los hijos de los hombres; en una palabra, que el Verbo divino, no sólo se manifestase al mundo, apareciese al mundo, como lo hizo el Angel del antiguo *Pacto,* sino que *fuese hecho carne.* La razón es que debía ser en todo (excepto el pecado) semejante a sus hermanos, para que tuviesen un Sumo Sacerdote a quien pudiesen acudir con completa confianza (Hebreos 4, 16), que pudiese tener misericordia de sus flaquezas y tentaciones, habiendo sido tentado Él mismo, pero sin ser vencido.

Por lo mismo, leemos en la Biblia lo que ningún

cristiano se atrevería a afirmar del Hijo de Dios, si Dios no nos lo hubiese revelado: "El niño *crecía* y *fortalecíase,* llenándose de sabiduría: y la gracia de Dios era sobre él." (Lucas 2, 40.) "Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura y en gracia para con Dios y los hombres." (Lucas 2, 52.) Él tuvo que aprender como nuestros niños; y esto se dice de él precisamente después de habernos sido referida la historia de su primera visita a Jerusalén y su estancia en el templo, la casa de su Padre.

Otra vez aquí la Iglesia romana ha falsificado la Historia Sagrada, presentando a Jesús en el templo como *enseñando* a los doctores. No, jamás fué Jesús un niño inmodesto y orgulloso de su saber; no era un doctor de la ley, cuando tenía doce años, sino un niño, inteligente sí, más aún, comprendiendo ya de día en día más de los consejos de su Padre, revelados en la Sagrada Escritura; pero siempre un niño que oía a los maestros y les preguntaba, ciertamente no para confundirlos, sino para aprender de ellos lo que no sabía. La Biblia quiere convencernos de la verdadera y real humanidad de Jesucristo; no era un ángel o un Dios disfrazado; sufría hambre, cuando no había comido por algún tiempo (Mateo 4, 2; Lucas 4, 2); sed (Juan 4, 3; 19, 20); cansancio y fatiga después de haber andado (Juan 4, 6); duerme cuando está cansado con un sueño tan profundo, sano y natural, que la tempestad no le despierta, y tiene que ser despertado por sus discípulos angustiados (Mateo 8, 25; Marcos 4, 38; Lucas 8, 28); se entristece (Juan 11, 35); llora (Hebreos 5, 7; Juan 11, 35); grita en su oración (Hebreos 5, 7), y tiene

que aprender obediencia (Hebreos 5, 8) en sus padecimientos. Todo su padecimiento en la cruz, por el cual nos redimió, hubiera sido una ilusión si este Hijo de Dios no fuese verdaderamente hombre.

Dice la Epístola a los Hebreos: "De esto podemos todavía decir mucho, pero es difícil, porque tenéis tan poco entendimiento". Basta lo que sabemos de la Sagrada Escritura, para indicarnos que este Salvador debía ser carne de nuestra carne, para que fuésemos llamados miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. (Efesios 5, 30.) El Verbo se hizo carne.

¿De qué manera? Como hemos visto, lógicamente debía ser de una manera sobrenatural. La Escritura nos lo dice en palabras claras y sencillas. El ángel Gabriel, que está delante de Dios, lo anunció a la virgen María: "Concebirás en tu seno y parirás un Hijo, cuyo nombre llamarás Jesús, el cual será grande y llamado Hijo del Altísimo." Y cuando ella pide más explicaciones, se las da con estas palabras: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra, por lo cual lo que será engendrado, santo será llamado, Hijo de Dios." He aquí la fe de toda la iglesia cristiana: "Jesucristo, concebido del Espíritu Santo, nació de la virgen María." El apóstol Mateo lo repite, diciendo que María "había concebido de Espíritu Santo" (Mateo 1, 18), y lo repite el ángel a José: "No temas de recibir a María, tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, de Espíritu Santo es." (Mateo 1, 20.) Lo confirma este mismo apóstol y evangelista todavía con el anuncio del profeta

Isaías: "He aquí la virgen concebirá y parirá un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, lo cual quiere decir: Con nosotros Dios." Así, las dos únicas personas que estaban inmediatamente interesadas en conocer este gran misterio de la encarnación de Dios, María y José, lo supieron ambos por boca del ángel, por revelación divina directa; ciertamente la única manera en que les era conveniente, y hasta posible aprenderlo.

No nos detendremos en probar aún más el nacimiento sobrenatural de Jesús, porque escribimos para cristianos que creen ya en su divino Salvador y en la palabra revelada de Dios. Sólo sí añadiremos el testimonio precioso del apóstol San Juan, el que, si bien no nos relata este nacimiento como lo hacen Mateo y Lucas (porque en la boca de dos testigos verdaderos este testimonio es bastante firme), lo resume todo como en un prisma, concentrando todos los rayos de esta revelación de la divina sabiduría para nuestra salvación. Hablando de nosotros, que hemos de ser hijos de Dios, hermanos de nuestro hermano primogénito Jesús, dice: "Dios les dió facultad de ser hechos hijos de Dios, los que son nacidos, no de sangre ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios." Y continúa en seguida dándonos la clave de este gran misterio: "Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad." (Juan 1, 12-14).

El Verbo se hizo carne para ser hermano nuestro, por eso nació de la virgen María; pero para no sufrir la mancha del pecado, no nació "de sangre ni

de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios", concebido por la virtud del Espíritu Santo.

Y ¿por qué fué precisamente elegida la virgen María? Los oradores sagrados de la iglesia católica se esfuerzan en demostrarnos que la razón fué porque ella era la persona más santa, la flor de la humanidad; y como luego veremos, la han querido hacer, hasta en su origen, semejante al mismo Hijo de Dios. Ciertamente era una doncella piadosa; la llamamos bienaventurada, como lo hizo Elizabet, por su fe aun antes del nacimiento de Cristo, no solamente porque ella fué la madre de nuestro Salvador. Esta bienaventuranza la confirmó Jesús, diciendo: "Sí, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan", como ella lo hizo desde el principio.

Pero la razón por que fué escogida, era precisamente porque era de la casa y linaje de David. "Dios dará a tu hijo el trono de David, su padre", anuncia el ángel Gabriel (Lucas 1, 32). Debían cumplirse las divinas profecías; debía ser el Mesías prometido el Hijo de David, y así le anunciaron, no solamente los profetas, sino así le aclamaron los ciegos en el camino de Jericó, y los niños que clamaron ¡Hosanna! a su entrada en Jerusalén. Ciertamente, considerado todo este consejo de Dios para nuestra salvación, debemos adorar la sabiduría de Dios, que nos dió a su propio Hijo, procedente del Padre en la eternidad, y también verdadero hombre, carne de nuestra carne, nacido de la virgen María, de la hija de la casa de David.

III

LA VIRGEN MARÍA

¡Oh, cómo Satanás ha desfigurado la figura santa y bellísima de esta madre de nuestro Salvador! Según acostumbra a hacerlo, ha engañado vilmente a los hombres, pretendiendo ensalzar la figura de ella; añadiéndole lo que Dios no había dicho, ornándola con atributos que no le pertenecen, y así, poco a poco, ha ido pervirtiendo completamente el hermoso cuadro que la Biblia nos ha trazado de ella. Ahora bien: todas las obras de Dios son perfectas; su revelación es perfecta también, y tiene todo lo que nosotros debemos o podemos comprender. Añadiendo algo a lo que Dios ha dicho o hecho, desfiguramos la verdad. Por lo mismo se lee al fin de la Biblia (Apocalipsis 22, 18, 19), no solamente la terrible maldición sobre todos los que quiten de este libro algo, sino también para aquellos que añadan a él según sus propias ideas. Y esto es lo que han hecho los romanistas: han quitado y han añadido.

Ocupémonos, por lo pronto, de lo que han añadido, bajo el pretexto, por cierto, de engrandecer la figura de la virgen María. Primeramente, la han puesto en un pedestal más alto que toda la humanidad. Se han valido para ello en primer lugar de la palabra: "Bendita eres tú entre las mujeres", no

conociendo la Escritura, pues a otras mujeres se han dicho estas mismas palabras. Luego se han fijado en la palabra: "Tú has hallado gracia para con Dios." Exactamente lo mismo acontece con esta expresión: no es María sola la que "halló gracia delante de Dios"; igual se dice de Enoc, de Noé, de otros hombres santos.

Repetimos que no quisiéramos jamás quitar un solo título de lo que pudiera llamarse la gloria de María, si en verdad hubiera alguien entre los pobres pecadores que pudiera gloriarse con razón; sólo le hemos de quitar la aureola sobrehumana, con la cual los romanistas la han rodeado, porque esta gloria sobrehumana pertenece solamente a uno entre todos los hombres, a nuestro Señor Jesucristo. Luego han tratado de asemejarla aún más a este único Ser sobrehumano, inventando la historia de su asunción. La Biblia no sabe nada de esto; la Biblia sabe solamente de dos hombres que han pasado de este mundo sin gustar la muerte, Enoc y Elías, y sólo uno, el que vino del cielo, nuestro Salvador, después de haber gustado la muerte por la gracia de Dios para todos nosotros, ha ascendido visiblemente al cielo. ¡Cuánto más bello es el retrato que la Biblia nos pinta de la madre del Salvador, mostrándonosla en lo último que sabemos de ella, orando con los otros discípulos y sus hijos, juntos en Jerusalén, y esperando la venida del Espíritu Santo con los apóstoles, las otras mujeres creyentes y todos los fieles en Jesús.

Pero lo más abominable ha sido la invención por la cual la han asemejado a Cristo en su origen,

diciendo que ha sido concebida ella también sin pecado. De manera que ya no es nuestro Salvador, el Hijo de Dios, el único que vino al mundo sin pecado, no el único que vino como segundo Adán, sino su madre nos es presentada como una segunda Eva, entrando en este mundo sin pecado. Toda idolatría es un crimen de lesa majestad contra Dios. Pero nombro esta invención diabólica porque precisamente ha traído como consecuencia tantas descripciones profanas, indecentes, tantas burlas obscenas, tantas fiestas que se llaman cristianas y que ni siquiera debían nombrarse; de tal manera, que es imposible para un folleto como éste, más aún para todo cristiano evangélico, el ocuparse detalladamente de ello. He oído con mis propios oídos predicar a un canónigo de la catedral de Santiago, ante el arzobispo y un gran público en la misma catedral, sobre la concepción de María en el día de su nacimiento, el 8 de Septiembre, de tal suerte, que no podría reproducirlo, ni en este folleto, ni siquiera en una conversación privada.

Pero aun dejando todas estas abominaciones a un lado, hemos de refutar con dos palabras las razones que los romanistas alegan para tan falsa doctrina. Dicen que era preciso, para que Cristo naciese sin pecado, que también su madre fuese concebida sin él. Hemos visto que, según la Biblia, bastaba para ello que Jesús naciese, no por voluntad de varón, sino por obra de Espíritu Santo de la virgen María. Más aún: si fuera verdad que María debió ser concebida sin pecado para que Cristo lo fuese, entonces la madre de María debió serlo para que

ésta lo fuera, y la abuela para que lo fuera la madre, y la bisabuela para que lo fuera la abuela, y siga usted contando. Así los argumentos de los romanistas se confunden a sí mismos.

Según esto, ¿la madre de Jesús fué pecadora? Ciertamente que sí; toda la Escritura está conforme en que todos los hombres son pecadores, con excepción de uno solo, como hemos visto: Jesús. Y la misma María lo confiesa, y si los romanistas pensasen más en lo que rezan, el mismo "Magnificat" o el cántico de María, se lo probaría con toda evidencia. "Mi espíritu se regocija — dice — en Dios, *mi Salvador.*" No le llama solamente Salvador, sino *mi* Salvador. Por lo tanto, ella misma necesita para sí un Salvador que la salve de sus pecados. Los ángeles no pueden llamar a Dios *su* Salvador. Cristo mismo jamás pudo llamarle *mi* Salvador, porque no necesita salvación, porque no tiene pecado. Y cuando, en la última palabra en la cruz, hace suya la oración de David en el Salmo 22: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", deja a propósito la continuación: "Tú me has salvado, Señor, Dios fiel", porque Él no podía decir esto. De manera que María misma se reconoce pecadora, y se alegra de que Dios la salvará de sus pecados. Sabemos, además, que es una vez reprendida (Juan 2, 4) por su hijo, cuando se quería mezclar en asuntos que a Él sólo incumbían, y que otra vez recibe una lección inconsciente de los labios de su hijo, joven, por las extrañeza que le causó el que sus padres no supiesen que Él habría de estar en lo de su Padre (Lucas 2, 49).

Pero precisamente allí vemos lo que nos hace la figura de esta madre de nuestro Salvador tan santa, tan digna de ser imitada. Cuando oye las palabras de los ángeles, las conserva en su corazón; cuando oye la voz del profeta Simeón, medita y conserva lo que le ha dicho; cuando oye el primer testimonio de Jesús, de su hijo mismo, en el templo, sobre su divino origen, lo conserva y guarda. "Sí, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan", como María lo hizo.

Bien quisiéramos trazar un cuadro de la madre de nuestro Salvador, tal como la Biblia nos lo representa, que es infinitamente más grande, más sublime, más atractivo que todas las invenciones de la iglesia romana. Pero para ello nos hemos de ocupar, a fin de que este cuadro resulte completo, de María como madre de familia. Y así se pondrá de manifiesto la segunda falsificación, a saber: que no solamente han añadido los romanistas a la Sagrada Escritura lo que les convenía para sus fines particulares, sino que igualmente han quitado todo aquello que no estaba de acuerdo o pugnaba abiertamente con las invenciones por las que bajo el nombre de tradiciones han desfigurado la pura y sencilla religión del Crucificado.

IV

LA MADRE MARÍA

En nuestra nación desgraciadamente, se pueden decir, y se dicen, abiertamente todas las blasfemias, aun las más terribles; se puede renegar de Dios, y todo el mundo lo oye como quien oye llover. Pero en el momento en que, según la sencilla verdad bíblica, se dice que la madre de Jesús tuvo después otros hijos de su marido José, se levanta una tempestad terrible contra el atrevido que tal cosa ha afirmado; prueba patente de cómo las tradiciones de los hombres han hecho nula la verdad de Dios. Sin embargo, tal es el sencillo relato bíblico, como decimos al principio.

No nos fatigaremos en discutir con aquellos que mantienen que los llamados "hermanos de Jesús" eran primos hermanos suyos. Supongo que habrán de admitir entonces que Andrés fué primo hermano de Pedro, y Juan primo hermano de Jacobo. Tampoco sé cómo pasarán sobre estas palabras, aunque sea como sobre ascuas, en que dice el evangelista y apóstol Mateo, que José no conoció a María *hasta* que parió a su hijo *primogénito* (Mateo 1, 25), o donde el evangelista Lucas dice que María parió a su *primer* hijo. Tal vez podrían encontrar aún alguna explicación, si en el acto de haber acontecido el

nacimiento, se hubiera escrito este relato. Pero el hecho de que un historiador, o dos, escribiendo mucho tiempo después, afirmen que una mujer parió a su hijo primogénito o primero, cuando ese hijo era a la vez el último, será siempre inexplicable para una interpretación sencilla y recta; a lo menos, para que nadie se ofenda, nuestra modesta inteligencia no puede comprenderlo.

Pero, ¿cuál es la razón que la iglesia romana tiene para negar esta verdad bíblica? ¡Ah! la razón es otra innovación diabólica, y esta vez no soy yo quien la llamo así, sino el apóstol Pablo (1.ª Timoteo 4, 1-3). La iglesia católica, por más que llama al matrimonio un sacramento, lo ha rebajado, lo ha envilecido, enalteciendo el estado célibe como un estado más santo y más alto. Ojalá que bajase un ángel del cielo gritando con fuerte voz a la madre de las abominaciones de la tierra: "*Lo que Dios ha santificado, tú no lo has de profanar.*" El matrimonio es una institución de Dios desde el mismo Paraíso, la institución más antigua y venerada en toda la humanidad, santificada por Dios, acompañada de su bendición, coronada con su sonrisa. Y cuando su Hijo entró en el mundo, su primer milagro lo hace en una boda, a que asiste Él mismo, celebrando esta fiesta, alegrándose en el gozo de los esposos y contribuyendo a aumentarlo. Luego Él mismo repite con palabras claras y terminantes la institución divina de Aquel que hizo en el principio a los hombres, varón y hembra, para que fuesen una carne, unidos por la ley del mismo Dios y Creador suyo. Dios mismo compara su unión con el pueblo de

Israel con el matrimonio: "Como un esposo se alegra de la esposa, se alegrará sobre tí el Dios tuyo." La relación de Cristo con su Iglesia redimida y santificada es comparada con esta misma unión, la más íntima y santa entre los hombres; según Cristo ama a su esposa, la Iglesia, deben los maridos amar a sus mujeres; las mujeres han de estar sujetas a sus maridos, como la Iglesia a Cristo. En fin, el último cuadro de la Biblia, la esperanza de todos los siglos, es la unión de Cristo con su esposa, la Iglesia, y la última visión del apóstol Juan la esposa del Cordero, descendiendo desde el cielo a la nueva tierra.

Y sin embargo, hay hombres, que se llaman cristianos, que rebajan el estado del matrimonio por exaltar el estado célibe como un estado de mayor perfección. Estos frailes, estos clérigos, estos papas ¿no han tenido ninguno de ellos piadosos padres ni santas madres? Seguramente el estado de corrupción moral tan lamentable en la iglesia romana, sobre todo en el clero, es una prueba evidente de que ésta es una doctrina diabólica, enseñada por espíritus seductores, como dice Pablo, el apóstol (1.ª Epístola a Tim. 4, 1), que engañan al hombre queriendo halagar su vanidad y soberbia. Es una providencia de Dios que, precisamente el apóstol Pablo, sea el que condena con palabras tan enérgicas esta doctrina, para que aquéllos que se han fijado en su palabra a los Corintios (1.ª Epístola, cap. 7, 38): "en fin, el que se casa hace bien; el que no se casa, hace mejor", comprendan que aun este consejo es limitado por el mismo apóstol, cuando ha dicho antes

lo que siempre olvidan los romanistas mencionar: "Yo opino que esto sea bueno por causa de la presente tribulación, que el hombre así sea." De la misma manera que aconsejaríamos a un amigo, al principio de una guerra, que esperase para su casamiento hasta que la guerra estuviese terminada, el apóstol, en aquella época de tribulación y persecución, aconsejó a los que quisieren contraer matrimonio; y, como él mismo dice, para que tengan menos tribulación el no casarse hasta que haya pasado este tiempo. Sacar de estas palabras la consecuencia de representar el estado matrimonial como inferior al del célibe, es lo mismo que afirmar que Jesucristo hubiese hablado contra el matrimonio, cuando, hablando de la grande tribulación en la destrucción de Jerusalén, dice: "¡Ay de las preñadas y que estén con niños en aquel tiempo!" Es natural que los padres y madres de familia, en tiempo de persecución, sufran doblemente con sus hijos; y tenemos ejemplos, muy dignos de tenerse en la memoria, de qué manera padres y madres evangélicos con sus hijos han sido atormentados, profanados y llevados a la muerte por los infames inquisidores célibes, que se llamaban santos.

Así es que nosotros, con la Biblia, reputamos el matrimonio por santo. Si la iglesia evangélica no lo llama sacramento, es porque sacramento es una institución de Cristo para su iglesia, en la cual, bajo símbolos visibles, son comunicados bienes invisibles y espirituales a los fieles. El matrimonio, siendo una institución divina para toda la humanidad, y no solamente una ordenanza para la Iglesia de Cristo,

no puede ser un sacramento. Pero los que dicen que la iglesia evangélica no tiene el matrimonio tan santo como la romana, nos calumnian vilmente. Acontece todo lo contrario. Ni el divorcio es permitido en la iglesia evangélica, ni sancionado por ella, si bien nuestra Iglesia no quiere ni debe dominar la legislación del Estado, como lo pretende hacer la iglesia de Roma. En ésta, el papa (y generalmente mediando mucho dinero) puede decretar el divorcio; en la iglesia evangélica el matrimonio es indisoluble (a no ser por adulterio, la única excepción admitida por Jesús en el mismo momento en que habla de la indisolubilidad de esta divina ordenanza), y *lo que Dios ha juntado, ningún hombre debe separarlo.* Porque nosotros no tenemos papas que puedan hacer nulos los mandamientos de Dios.

Siendo, pues, el matrimonio una cosa tan pura, santa, bendecida por Dios, claro está que la virgen María, después del nacimiento de Jesús, viviendo maritalmente con su esposo José, y pariéndole hijo tras hijo, no pierde nada de su pureza; al contrario, hubiera faltado a su deber si no lo hubiera hecho, después de haber sido dada por esposa a José por Dios mismo (Mateo 1, 20). Nosotros decimos que los matrimonios están hechos en el cielo; que Dios nos da la esposa como la mayor bendición que puede darnos en la vida; de Él la recibimos, a Él le damos gracias por ella, la coheredera de la vida eterna, la compañera dulce en la peregrinación al cielo.

V

LA VIDA DE MARÍA, MADRE DE NUESTRO SALVADOR

Y ahora, ¡oh, quién tuviera los pinceles de un ángel y los colores del arco iris y la elocuencia de un Pablo para describir, tal como la Biblia nos lo dibuja, el retrato, la biografía de esta mujer santa y bendecida entre las mujeres!

En la modesta y sencilla obscuridad del pueblo de Nazaret crece, instruída en la palabra de Dios, como nos lo prueba su cántico, que en parte, hasta literalmente, está tomado del cántico de la madre del profeta Samuel, Ana (1.° Samuel 2). No está aislada, sino que vive en medio de familias piadosas, como lo prueba su amistad con la mujer del sacerdote Zacarías, Elisabet; ni está desamparada en el mundo, porque un hombre bueno ya la tiene por esposa prometida. Y este José tampoco es un anciano: otro ultraje que han hecho los romanistas a la madre de nuestro Salvador, ¡siempre con el fin de enaltecerla!

Luego la vemos saludada por el ángel Gabriel, llena de gracia, bendecida entre las mujeres, sumisa y humilde sierva del Señor, que acepta su voluntad divina. La acompañamos en su visita a casa de su amiga Elisabet, escuchamos el saludo de ésta como a la madre de su Señor, nos gozamos en el gozo de María oyendo su cántico precioso, formado sobre el cántico de Ana, lleno de los acentos de su corazón piadoso y agradecido, que espera con to-

dos los piadosos de su tiempo la venida de su Salvador. Después de tres meses vuelve a su casa, alegre en su Dios, confiando en Él para todas las consecuencias de su actual estado. Y el Señor premia su confianza, porque manda a un ángel para que comunique a José lo que ella misma no podía decirle. ¡Cómo crecería su confianza en el Señor cuando José le daba noticia de esta su revelación, y cómo daría gracias a Dios, cuando bajo su protección pudo marchar a Betlehem! Sabiendo ella que Dios había de dar a su hijo el trono de su padre David, y que el Mesías, hijo de David, había de nacer en Betlehem (Miqueas 5, 2), porque conocía bien las Escrituras Sagradas y las profecías sobre la venida del Mesías, la circunstancia de tener que ir por mandato del César, o emperador de Roma, a Betlehem, le probaba más aún la providencia de Dios sobre ella y el hijo a quien había de dar a luz. Allá va con su esposo José, protegida por Él, llevando el corazón lleno de estos sentimientos sublimes y piadosos.

La vemos en la posada de Betlehem, cuando, habiendo dado a luz a su hijo, le envuelve en pañales y le acuesta en el pesebre; ¡espectáculo divino, el que ofrece el Salvador del mundo naciendo más pobre que toda la humanidad, aclamado por los ángeles, anunciado a los pastores del campo, saludado y adorado por éstos en Betlehem; y la madre escuchando todas la palabras que los ángeles habían dicho a los pastores, *confiriéndolas en su corazón!* Con estas palabras se indica el verdadero carácter de María: palabras que, una y otra vez repetidas por los sagrados escritores, tejen alrededor de la cabeza

de esta madre del Señor Jesús una aureola mucho más brillante a los ojos de un cristiano evangélico que ningun orador romano ha podido inventar. Seis semanas después sale por vez primera de Betlehem; su primer viaje es al templo de Jerusalén, llevando al niño a casa de su Padre celestial, obedeciendo en todo a la Ley divina, encontrándose allí con el viejo profeta Simeón y la anciana profetisa Ana, admirada de todas las palabras proféticas que aquellos siervos del Señor pronuncian sobre su divino niño Jesús.

La volvemos a encontrar en Betlehem, recibiendo de las manos de los magos del Oriente los tesoros de oro, incienso y mirra, que ofrecen al niño "rey de los Judíos", a quien adoran, y que, desde luego, habían de servir a los padres en la huída, y para el sostén suyo y del niño Jesús en Egipto. Otra prueba de la paternal providencia de Dios, que a cada dificultad provee de todo lo que hace falta. Y esta experiencia del cuidado paternal de Dios hace esperar con tranquilidad a los padres de Jesús, hasta que otra vez reciben mandato directo de Dios y vuelven a su antigua casa en Nazaret, donde ya a nadie extraña volver a ver a los dos esposos con su niño, de unos dos años (al cual luego poco a poco siguen los otros), siendo llamado Nazareno (¡oh cortedad de la vista humana!), entre todos ellos el único que no lo era.

Y ahora vienen los años tranquilos de Nazaret, el ideal de una familia piadosa, santa, cual no ha vivido otra igual en la tierra. José, el carpintero, trabajando para la manutención de su familia, pro-

tegiendo a su tierna esposa y a los hijos que le da uno tras otro. Jesús, el hermano mayor, ayudando a su padre en su trabajo, a su madre en el cuidado de sus hermanitos, a éstos en sus juegos y sus labores o lecciones infantiles; años de indecible paz y felicidad, de dulce y santa tranquilidad. La acompañamos en su viaje, juntamente con su marido José y su hijo Jesús, a Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pascua. Probablemente habrá acompañado a su marido, a su hijo, o más tarde a varios hijos, a estas fiestas, en cuanto le era posible y podían permitírselo sus deberes de madre y esposa. ¡Ah! otra vez la vemos aquí con esta aureola santa: *guardando en su corazón la palabra de su Hijo divino,* aunque no la entendía entonces.

Después entra también la muerte en esta casa; muere el padre de familia, José, seguramente antes de que Jesús empezase a enseñar, porque, a no haber sido así, encontraríamos su nombre al lado del de la madre y de los hermanos de Jesús; y entonces Jesús, como el mayor de la casa, toma sobre sí el trabajo y sostén de toda la familia, presentando también en esto un ejemplo a toda la humanidad, y dejando, sin duda, cuando empezó a enseñar y a mostrarse como profeta todo este cargo a su hermano inmediato, a Jacobo, de unos veintisiete o veintiocho años entonces, al cual muestra singular afecto, aun después de su resurrección (1.ª Corintios 15, 7), como hacen lo mismo más tarde los apóstoles (Hechos 12, 17). De esta manera, cuando empieza su oficio de Mesías, su ministerio divino, Jesús se encuentra libre de todos los cuidados humanos.

Luego encontramos a María en las bodas de Caná, teniendo compasión de las dificultades de los recién casados, a quienes empezaba a faltar el vino. Y si bien se mezcló allí en cosas que no le pertenecían, queriendo pedir la ayuda de su divino Hijo y siendo suavemente reprendida de él, como queriéndola decir: "lo que en mí hace los milagros, no es nacido de ti", la vemos un momento después otra vez en la actitud modesta y confiada, que es precisamente su gloria, diciendo a los siervos: "Todo lo que Él os diga, hacedlo". No queda defraudada en su confianza: su Hijo la ayuda de una manera sencilla, quieta, pero sobremanera generosa y abundante. ¡Cuánto más gloria hay en esta actitud, confiada y humilde de la madre de nuestro Salvador, que en aquella falsamente inventada por los romanistas, que le atribuyen aún hoy esta influencia sobre su hijo, el Rey de los cielos, para intervenir en la salvación de los hombres, influencia que su Hijo rechazó tan terminantemente, aun en cosas menos importantes, cuando estaba en la tierra!

Y como, sin duda alguna, el Espíritu Santo nos ha conservado esta relación en el Santo Libro, precisamente para deshacer todos los argumentos que en el porvenir la idolatría humana pudiera fundar sobre la influencia de una madre sobre sus hijos, así nos ha sido conservado con el mismo objeto otro acontecimiento de la biografía de la madre de Jesús. Un día, mientras Jesús está enseñando al pueblo, le dicen que sus hermanos y su madre están fuera, llamándole. Parece del contexto que especialmente sus hermanos, que no creían en Él, temían

que tanto trabajo y continua fatiga como Él empleaba día y noche en el servicio de sus semejantes, sanando, curando, haciendo bien y predicando, le abrumaría y perjudicaría su salud. Habían influído sobre su madre para que viniese con ellos para dar a sus ruegos más autoridad, y es muy natural (pero no muy divino) que su corazón de madre consintiese en ello, habiendo ya olvidado la lección que en las bodas de Caná había recibido de su Hijo. ¿Qué es lo que contesta entonces Jesús? "¿Quién es mi madre, quiénes son mis hermanos?" Y mirando a sus discípulos, dijo: "Cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, el tal es mi hermano, hermana y madre" (Mateo 12. 46-50).

En primer lugar, este pasaje es otra prueba convincente de que Jesús tenía, no sólo hermanos, sino también hermanas, pues las nombra especialmente, de su misma madre. ¿Quién se puede figurar que la madre de Jesús viniera con sus *sobrinos* a buscarle? Pero hay aún más. ¿No sería ridículo suponer que Jesús hubiera dicho en ese caso: "Cualquiera que hace la voluntad de mi Padre celestial, el tal es mi primo hermano, mi prima hermana y mi madre?" Y sin embargo, así debía ser, si en verdad en el Nuevo Testamento, tratándose de Jesús, la palabra significase solamente primos hermanos. Eran su madre carnal, sus hermanos de la misma madre, los que le buscaban y fueron por Él rechazados.

Y ¿por qué los rechaza? Otra vez, no por ninguna otra razón, sino porque se querían mezclar en su divina misión: lo que suponen los romanistas está haciendo la madre aun hoy día continuamente. Jesús, nacido de la virgen María, está, sin embargo, muy por encima de su madre en cuanto es Hijo de Dios y Salvador de la humanidad, y Salvador de su madre también, que necesita su salvación y necesita la venida del Espíritu Santo para ella también

Y en tercer lugar, Jesús declara aquí abiertamente que su madre, por ser el instrumento escogido de Dios para darle la vida de este mundo, no tiene lugar preferente alguno sobre los demás hombres. Todos los que hacen la voluntad de su Padre celestial tienen el mismo lugar en su cariño, la misma alta distinción de ser sus hermanos, hermanas y *madre*. ¿Puede declararlo de una manera más explícita y terminante? Y cuando una mujer levanta su voz: "Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te criaron", como si dijéramos hoy: "¡Bendita sea tu madre!", contesta Él: "Sí, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan"; como si dijera: "Ciertamente, mi madre es bienaventurada, pero no por la circunstancia de ser mi madre, sino porque es de aquellos que oyen la palabra de Dios y la guardan; y cualquiera que hace lo mismo, tendrá exactamente el mismo lugar y el mismo cariño y estimación que ella en el reino de los cielos que he traído al mundo."

Además, es falta de verdad esta invención romanista, que María, como madre, debía tener influencia sobre su divino Hijo; y que Él, no solamente la veneraba, sino que estaba obligado a obedecerla como buen hijo. Tenía yo una madre, que veneraba, no sólo como cualquier buen hijo debe hacerlo, sino en la que reconocía un talento y una inteli-

gencia superiores, y claro está que estaba siempre dispuesto a obedecerla en todo. Pues bien, casos hubo en que ella misma me dijo: "Federico, con este consejo no te voy á mandar lo que has de hacer. Podía mandarte cuando eras pequeño y no tenías entendimiento, pero ahora ya eres hombre. Tú tienes tu propia conciencia; tú eres ahora responsable de tus actos; por lo tanto, tú mismo debes saber lo que has de hacer. Haz lo que tú creas que debes hacer".

Si una madre humana, y tan superior en inteligencia y santidad a su hijo, no se atreve a mandar en la conciencia del mismo, cuando ya es mayor y es hombre formado, ¡cuánto menos podía María mandar a su Hijo en la tierra, y mucho menos en el cielo! Así ni siquiera vemos, en los dos ejemplos que hemos citado, que ella mandase. Todo lo contrario; tímidamente le dice, sin añadir siquiera una petición, en las bodas de Caná: "No tienen vino". Y si esta indicación tan tímida es rechazada de una manera tan completa por nuestro Salvador, ¿de qué manera rechazaría ahora cualquier pretensión, que ella quisiera insinuarle a Él, que es supremo Juez de los vivos y de los muertos? No quiere dejar su honra a ningún otro, ni su gloria a los ídolos, aunque la perversión humana quiera formarse uno de su propia madre.

Así lo vemos también, en el segundo ejemplo, rechazar toda la intervención suya de una manera, casi diríamos brusca, y seguramente la más terminante posible. Tal vez nos hubiera parecido que Jesús, a lo menos, pudiera haber reconocido la tierna solicitud de su madre, que estaba interesada en

la salud de su hijo. ¡Qué espectáculo más tierno en la tierra que el de una madre amonestando a su hijo, que trabaja tal vez para el sostén de ella misma, que no se mate trabajando, ni siquiera para ella! Pero Jesús es del cielo, "y el que viene del cielo, dice Él mismo, *sobre todos* es". Y si bien es verdadero hombre, en cuanto nació de una madre humana, no se llama jamás hijo de María, sino el Hijo del hombre, para indicar su verdadera humanidad, para lo cual su madre ha sido solamente el instrumento empleado por Dios para mandar a su Hijo en forma humana al mundo.

Y no olvidemos que toda idolatría y adoración de María quita a nuestro Salvador la honra. Porque en Él sólo hay salvación; no hay otro nonbre debajo de los cielos (ni aun el de María) dado a los hombres, en que puedan ser salvos sino el nombre de Jesucristo. Él es el único Salvador, y los que llevan a la pobre gente ignorante a los altares de María, como si pudiera ella interceder por ellos para con su Hijo, los engañan miserablemente y quitan a nuestro Salvador la gloria suya propia.

La escena al pié de la cruz demuestra lo mismo: Allí el divino Redentor, ya próximo a concluir su obra salvadora, está siempre desligado de todas las relaciones meramente humanas. Y si bien aun entonces no olvida a los suyos que estaban en el mundo, sino que los ama con este mismo tierno amor hasta el fin, ni siquiera concede a ella ya el título que con razón llevaba en la tierra respecto a su humanidad. Como en las bodas de Caná, donde podía parecer haberlo dicho con intención para hacerla más com-

prensible que no era la madre de su divina persona, así también en su última despedida recomendándola a su discípulo más amado, le dice: "Mujer, he aquí tu hijo", y a él: "He aquí tu madre". Y *desde esta misma hora* el discípulo la recogió. Aquí la Escritura hace nula otra de las invenciones romanas, que presenta a la madre al pié de la cruz hasta el último instante, y la representa luego con su hijo muerto en su seno. No fué así. Juan, el amado discípulo, entendió mejor a su maestro. Jesús no quería que su madre presenciase su agonía, ya que le había visto clavado en la cruz; por lo tanto, Juan debía llevarla a su casa en el acto, como lo hizo; y por lo mismo lo vemos otra vez aparecer junto a la cruz, cuando Jesús estaba expirando, escuchando las últimas palabras de sus labios y viendo después su corazón traspasado por la lanza de un soldado.

De manera que la madre de Jesús apenas estaría unos minutos junto a la cruz. Su primera palabra la dijo Jesús probablemente cuando en tierra le clavaron en la cruz; la segunda a su madre tan pronto como fué levantado en alto, y no pensando en sus propios dolores atroces, sólo se cuidó especialmente de los de su madre. ¡Cuán preciosos son estos detalles de su muerte!

Muy significativo es que más tarde, después de la resurrección, María ni siquiera fuese objeto de una aparición especial, como si Jesús desde luego quisiera destruir todo fundamento de una adoración a su madre, no distinguiéndola con una aparición para ella sola. Y otra vez nos la muestra este hecho en una luz más brillante que la que los romanistas podían dar-

le. Aquella que guardó la palabra de Jesús en su corazón, no necesitaba una aparición especial para creer en la resurrección. Cuando oyó el anuncio de ella, la creyó. Sin duda alguna lo habrá visto después de su resurrección; pero sólo como una de los asistentes en aquella reunión grande que Jesús tuvo con todos sus discípulos en Galilea.

Tampoco parece haber asistido a la ascensión de Jesús, porque, según la relación de los Hechos, es probable que solamente los apóstoles lo acompañaron al monte de los Olivos. Pero sí la vemos unida con los ciento veinte discípulos, entre hombres y mujeres, como una de tantos, orando por el don del Espíritu Santo (Hechos 1, 14). Es lo último que sabemos de ella, y ciertamente preferimos este detalle a todas las invenciones romanistas. El encontrarla en unión con los otros discípulos, orando por la venida del Espíritu Santo, la enaltece muchísimo más que la supuesta asunción de ella, inventada para enaltecerla. Corresponde a la madre de Jesús esta gloriosa mención última como uno de los fieles en Cristo, que es la mayor dignidad a que hombre alguno puede ascender, no porque era, según la carne, madre del Salvador, sino porque creía en su Salvador, porque guardaba sus palabras en su corazón y las cumplía. Así, por cierto, ella es un ejemplo y dechado para todos los creyentes, no como la reina de los ángeles o la reina de los cielos, como la pintan los romanistas, sino como la *sierva* (o *servidora*) *del Señor*.

Este será su título de gloria imperecedera.

Librería Nacional y Extranjera

Caballero de Gracia, 60.--Madrid (Central)

En esta librería se venden, entre otras, las obras siguientes:

EL AMIGO DE LA INFANCIA

PERIÓDICO ILUSTRADO

Esta publicación, destinada con especialidad a la niñez, tiende, por medio de artículos de instructiva y amena lectura, a formar sus corazones en las elevadas y sublimes enseñanzas de Jesucristo, inculcándoles el amor a la verdad y al bien.

Se publica el 1.º de cada mes, y consta de cuatro páginas para cada domingo, con preciosos grabados.

	Ptas.
Suscripción anual: { España y Repúblicas Americanas.....	3,00
Suscripción anual: { Todos los demás países del extranjero.	4,50
El Amigo de la infancia. Colecciones completas de casi todos los años, que por sí solos constituyen ya una verdadera biblioteca infantil.	
Sin encuadernar.....	3,00
Holandesa (sólo los tres primeros años, 1874 al 1876) ..	3,00
Pasta o tela.....	4,00
Encuadernación de lujo.....	5,00
La Navidad de Angelita. En rústica.....	0,50
En pasta o tela.....	0,75
La Cruz de Coralito. En rústica.....	0,50
Parábolas de la Naturaleza. Cinco diferentes narraciones instructivas y amenas.	
1.ª Una lección de fe.—2.ª La tierra desconocida.	
3.ª No perdida, sino transformada.—4.ª Susurro de placer.	
5.ª Una lección de esperanza. Cada una de éstas.....	0,30
La Huerfanita.....	0,25
La Palomita.....	0,25
Leyendas de la Alsacia: La capa de pieles.—El Doctor de Kaisersberg.—Spitzi. Cada una de éstas.....	0,20
Historia del estudio de un pintor. Relato histórico en el que interviene un artista, una gitana y un conde.....	0,25
Cancionero de El Porvenir.....	0,50
Himnario para uso de las Iglesias evangélicas españolas...	2,00
Salterio Cristiano. Contiene la música de los himnos del anterior y casi todos los de la siguiente colección de Navidad, facilitando con ello la formación de coros a cuatro voces....	7,50
Himnos al Nacimiento de Jesús. Colección de 28 canciones antiguas y modernas.....	0,25
Textos bíblicos de pared. Grandes, 17 × 24 cm.....	0,75
Pequeños, 8 × 12 cm	0,30
Tarjetas-vales para Escuelas Dominicales. Colección de 100 cuadros bíblicos, 50 del Antiguo y 50 del Nuevo Testamento.....	3,50
El Buen Pastor. Doce textos diferentes ilustrados, para niños.....	0,75
Preciosas tarjetas con el portal de Belén y los Magos. Para felicitar la Navidad y Año Nuevo.....	0,25
Cristóbal y su organillo o ¡Mi hogar, mi dulce hogar!	
En rústica.....	1,50
Encuadernado en pasta.....	2,00
La Nochebuena.....	0,50
La morenita perdida. En rústica.....	1,50
Encuadernado en pasta.....	2,00
El árbol de Federico.....	0,25
El arbolito que quería otras hojas.....	0,50
María, la madre de Jesús, por Carlos von Hase.....	0,50

Iglesia Evangélica Española - Santa Cruz de Madrid

REFORMISTAS ESPAÑOLES

Famosa edición, publicada por Luis de Usoz y Río, bajo el lema:

"Para bien de España."

CARRASCON.—391 páginas.—En 8.º—10 pesetas.

IMAGEN DEL ANTECRISTO Y CARTA A DON FELIPE II.—Año 1849.—172 páginas.—En 8.º—5 pesetas.

DOS DIALOGOS.—Por Juan de Valdés.—Año 1850.—481 páginas.—En 4.º—12 pesetas.

ARTES DE LA INQUISICION ESPAÑOLA.—Primera traducción castellana de la obra escrita en latín por el español Raimundo González de Montes.—Año 1851.—330 páginas y un apéndice de 105 páginas.—En 4.º—25 pesetas.

LOS DOS TRATADOS DEL PAPA Y DE LA MISA.—Por Cipriano D. Valera.—Año 1851.—610 páginas y un apéndice de 72 páginas.—En 4.º—30 pesetas.

BREVE TRATADO DE DOCTRINA UTIL PARA TODO CRISTIANO.—"Dispuesto, al parecer, por el Dr. Juan Pérez".—Año 1852.—354 páginas y un apéndice de 30 páginas.—En 4.º.—25 pesetas.

CIENTO Y DIEZ CONSIDERACIONES.—De Juan de Valdés.—Año 1855.—544 páginas y un apéndice de 55 páginas.—En 4.º.—10 pesetas.

LA EPISTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS Y LA 1.ª A LOS CORINTIOS.—Ambas traducidas y comentadas por Juan de Valdés.—Año 1856.—685 páginas.—En 4.º.—30 pesetas.

ALFABETO CRISTIANO.—Por Juan de Valdés.—696 páginas.—En inglés, italiano y castellano.—30 pesetas.

CIENTO Y DIEZ CONSIDERACIONES.—Edición aumentada y corregida de Juan de Valdés.—Año 1863.—734 páginas.—En 4.º—25 pesetas.

DIALOGO DE DOCTRINA CRISTIANA.—Por Juan de Valdés. Reproduction en facsimile de l'exemplaire de la Bibliothèque Nationale de Lisbonne.—Coimbra, 1925.—321 páginas, seguido de facsímil del original.—15 pesetas.

EL EVANGELIO SEGUN SAN MATEO.—Declarado por Juan de Valdés. Por primera vez publicado.—Madrid, 1880.—537 páginas.—En 4.º—10 pesetas.

Reimpresiones económicas.

JUAN DE VALDES.—Diálogo de Doctrina Cristiana.—Nuevamente compuesto por un religioso y publicado con motivo del Cuarto Centenario.—Madrid, 1929.—3,50 pesetas.

JUAN DE VALDES. Diálogo de la Lengua.—Edición y notas por José F. Montesinos.—Madrid, 1928.—6 pesetas.

ALFONSO DE VALDES.—Diálogo de las cosas ocurridas en Roma.—Edición y notas por José F. Montesinos.—Madrid, 1928.—6 pesetas.

ALFONSO DE VALDES.—Diálogo de Mercurio y Carón.—Edición y prólogo por José F. Montesinos.—Madrid, 1929.—6 pesetas.

TRATADO PARA CONFIRMAR EN LA FE CRISTIANA A LOS CAUTIVOS DE BERBERIA.—Compuesto por Cipriano D. Valera y por él publicado en el año 1594. Fielmente reimpreso. Madrid, 1872.—8.º prolongado. 106 páginas.—2 pesetas.

EL CATECISMO DE HEIDELBERG.—Publicado por Juan Aventrot en 1628. Ahora fielmente reimpreso.—Madrid, 1885.—En 16.º—80 páginas.—50 céntimos.

EPISTOLA CONSOLATORIA.—Por Juan Pérez, reformador en el siglo XVI. Fielmente reimpreso.—Madrid 1874.—En 8.º—177 páginas.—75 céntimos.

JOYA CRISTIANA DEL SIGLO XVI.—Manera que se debería observar para informar desde la niñez a los hijos de los cristianos en las cosas de la religión, por Juan de Valdés.—50 centímos.

VERBVM
DEI
MANET
IN
ÆTERNV